

Carrusel del Tiempo

El Otro Mariano Latorre

OSCAR GUZMAN SILVA

Nadie piensa que al hablar del otro Mariano Latorre, trato de retomarle al verdadero apellido de su padre: varso, Mariano de La Torre Sandoña. Apenas intentó el retrato directo de su verdadera e insuperable cuanto en las letras campesinas chilenas, con el apoyo de buenas cabezas y mejores plumas que captaron la verdadera dimensión del escritor. No es mala empresa, sobre todo en esta data, ya que el 10 de noviembre se cumplen 35 años de la muerte del autor de "Zurculita", ocurrida en 1955.

Mariano Latorre nació en Cobquecura el 4 de enero de 1896 y si he mos de lo quien fue su padre, lógico es recordar a su madre, Fernandina Court Roman, primera confidente y alientadora de sus pasos. De un artículo de la propia mano del autor, rescato sus recuerdos. "Cursé el primer año de humanidades en Cauquenes y el resto en Talca, como interno. Fue en Talca donde nació en mí la pasión literaria, la del que coge una pluma en la mano, según Talca, y ya no la puede soltar". El primer pecado literario fue un relato sobre la muerte de un perro callejero. Cuando descubrió que la fiebre creativa le había alterado el pulso y el alma, volvió a estar largo tiempo en Talca. Sobre todo de su padre, que al observar su interés en las letras le advirtió: "No, no se puede seguir por ese camino, todos los poetas se mueren de hambre".

¿Qué dejó sus primeras observaciones? Leísmo de su expresión personal: "Hombres crueles, muchachas inocentes, costureras seducidas o aristócratas insaciables, singularmente buenas o malas hasta el extremo, totales nuestro corazon con una maravillosa luz de generosidad. No era la realidad, sin duda, pero, como los viejos relatos medievales, despertaba en nosotros anhelo de perfección, ansias de superarnos espiritualmente".

Latorre me ha contado, en una vieja entrevista para "El Mercurio" de Valparaíso, que su primer amor, por cierto a distancia, fue una moza, "Era muy linda, de ojos luminosos", exclamó al evocarla. Acto continuo, tras una sonrisa, agregó: "No se olvida usted sorprendido, porque yo tenía, apenas, 9 años..." Hace recordar la aventura infantil de García Lorca, relatada por Eduardo Marro Amor, reserita por estos días, cuando iba hasta el muro del convento de religiosas clarisas de su pueblo y las recibía versos, para obtener, por encima de la muralla, una lluvia de pétalos de rosas, repribición de esas almas consagradas a la fe. Latorre murió, después, a resagar sus heridas románticas, escondido en una lancha masilina, hasta las alturas de Coquimbo, donde fue sorprendido y devuelto a casa.

Recién se había recibido de bachiller cuando murió su padre y fueron



Mariano Latorre, autor de "Cuna de Cándoros" y "On Panta".

a vivir, con su madre y hermanas, junto al abuelo francés que, según él, es el protagonista de su primer libro "Cuentos del Mañá". Al desaparecer aquel querido viejo se instaló en Santiago, donde "estudiaba leyes y asistía al Pedagógico. No me atraía la ciudad como materia novelesca y mis camaradas del curso de leyes y del Instituto Pedagógico venía singularmente extraños". A partir de 1901 cursó literatura en ese establecimiento, que duró desde 1901 a 1902, año en que jubiló. Abandonó las clases de Derecho por falta de vocación leguleya. Pasó su vida en las aulas y en los diarios, pero a la hora de escribir buscó, en viajes por todo el país, el acento vital de su criollismo, idealizando en el paisaje que recogió, des-civilizándolo, con los ojos y la sensibilidad de un pintor. "Latorre no escribe, describe", apuntó típico crítico barba. Y él, ante tan incomprensivos comentarios, como los ha llamado Mariana del Solar, respondió a toda voz y a toda pluma: "Era necesario ser paisajista, para el gran personaje en aquel naturalismo".

Si hubo quienes fustigaron "Zurculita", obra de multitudinaria lectura escolar por décadas y décadas, todavía sin extinción, libro publicado en 1921, con excelente prólogo de Ricardo A. Latcham, surgieron con sapientia exigentes lectores que no escatimaron elogios. Entre ellos, Oscar Sweth, aquel sacerdote que engalanó la crítica literaria desde "El Mercurio" de Santiago y, quien fuera luego director de ese diario, don Carlos Silva Valdovinos. Además de aplaudir el relato, dijo: "Al doblar la última hoja me he despedido con pena, de amigos a los que he conocido en la intimidad, de paisajes que he llegado a sentir y amar, de vidas humanas tristes y

alegres como Dios quiere, pero que he seguido en el libro por buen espacio".

Su bibliografía es tan extensa que apenas hay lugar para señalar algunas de sus principales obras. "Uly" (1903), que se publicó primero como folleto de "El Mercurio", al ser premiada en el concurso que organizó ese diario en Santiago. "La confesión de Tugnia" (1909), "El charoy de oro" (1909), delicado alarde de literatura para niños. Hay que destacar, además, "La Pagorra" (1909), editada postumamente y que se desarrolla en el Hospital de Santiago, novela que tuvo exitoso prólogo de Juan Uribe-Echevarría. Asimismo que "Cuentos del Mañá", ya citado, apareció en 1902, cuando tenía 36 años. Siguen: "Cuna de Cándoros", (1908); "Chilones del Mar" (1909), a la que después editó "Puerto Mayor", en 1945; "Hombres en la selva" (1910); "On Panta", de 1915; "Hombres y mujeres", (1917); "Mapo", en 1922; "Viento de Maitines", 1941; "Chile, país de ritos", 1943; "El charoy", 1942. "La isla de los pájaros", apareció en 1951, año de su muerte, ocurrida, como se ha dicho, el 10 de noviembre. Tienen valor, además, "La literatura de Chile" (1940), ensayo, como la "Autobiografía de una vocación y algunas preguntas que no me han hecho sobre el criollismo", escrita en que junto a Luis Durand, es sólido representante y maestro. Nestan las antologías de sus muchos cuentos, algunas seleccionados por Manuel Rojas, como el Premio Nacional de Literatura de 1937. Latorre obtuvo el galardón en 1944 y fue el tercero de la lista, antes que Neruda, tras El Haimar y Eduardo Balla, primero, el 42 y 43, respectivamente.

Siguen su propia expresión, fina, elocuente e íntima, cuando escribe, en "Atenas", enero de 1954, al decir: "On Panta se detiene para decirme:

"—Los perros descubrieron al león de mi abuelo y lo destruyeron, pero ¿para qué hablar de esta triste historia? Don Jorge González me contó que el señor Alonso, propietario de Santiago, dijo en "La Nación" que sus final no le gustaba.

"Yo traté de consolarte escribiéndole:

"—Don Pastoralón, yo no he querido reírme de usted, al contrario, yo ataco a los brujos que lo explotaron, que le robaban sus ovejas, le bebieron sus vinos y le corrieron la cerca de sus terrenos. En cuanto al señor Alonso, no es un propietario, precisamente, sino un abogado periodista satiragino. No creo que sepa nada de la cordillera de la costa, como de muchas otras cosas de Chile".

Ese era Latorre, al que se debe, para hacerlo justicia, una edición de sus obras completas, tal como se ha hecho con otros Premios Nacionales de Literatura.

El otro Mariano Latorre [artículo] Oscar Guzmán Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán Silva, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El otro Mariano Latorre [artículo] Oscar Guzmán Silva.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile